

banzas. Pero América no comprendía aún la obra de Poe lo suficiente para permitir su entrada en aquel ridículo «Palacio de la Fama» (Hall of Fame) de New York, al otro lado del río, lejos del corazón de la ciudad, lo mismo que del corazón del pueblo, el mismo en que hace sólo un mes el busto de Whitman encontró que le negaban cabida.

La casita de campo de Poe, el único hogar de Poe en este mundo, el lugar donde había amado, vivido, soñado y pasado hambres durante tres años, fué el escogido por la Legislatura del Estado para convertirlo en el monumento nacional dedicado a la gloria de Poe. Un clérigo había adquirido el título de la propiedad. La casita había sido construida en 1797, con buenos materiales, y a causa de haber sido ocupada constantemente en los últimos cien años, permanecía en bastante buen estado. Su valor, incluyendo el solar, podía calcularse en unos mil quinientos dólares, tasándola muy alta. El buen clérigo, tan pronto como leyó acerca de la proyectada ley para comprar la quinta, se apresuró a subirle el precio a diez mil dólares. No hay que decir que obtuvo el dinero. Entonces el Estado adquiriólo que hoy se denomina Fordham Park, incluyendo la huerta y el arroyuelo. Se consultó a los arquitectos y se hicieron los planes para un parque público en el mismo sitio. Lo más natural habría sido el trasladar la quinta de Poe al medio de la huerta, junto al plateado arroyuelo, coleccionar todas las reliquias de Poe y establecer allí un santuario nacional donde los jóvenes estudiantes pudieran venir a rendir su tributo a la memoria del gran poeta. No era posible encontrar ningún sitio más romántico en toda América que el de la pequeña quinta, donde el amor había anidado, donde el poeta de «Annabel Lee» había consagrado su vida toda a su único amor, a su Virginia, a quien él había cantado en muchos poemas recitados diariamente por millones de niños en todas las escuelas del país.

Pero ¿qué hizo la Legislatura del Estado? Los manzanos fueron arrancados, el arroyuelo fué cegado, y se trazó en su lugar el plano de un parque feísimo. Allí está. El lugar más caliente en toda la vecindad durante el verano y un verdadero pozo en el invierno. No tiene un sólo árbol que sombree la yerba: la quintita, trasladada de su sitio de origen, ha perdido todo su encanto. En la planta baja han abierto un sótano, le han puesto un cuarto de baño, gas y luz eléctrica en cada habitación... pero no queda allí nada que le hable a uno de Poe. Por supuesto, hay las mismas ventanas que él abría y cerraba, los mismos pisos que él solía pasear en sus noches

de insomnio y la misma puerta de la sala por donde entraba y salía. El guardador de este monumento nacional vive allí con su familia. Es un puesto político el de guardián de la quinta de Poe. Yo no descubro otra razón para destruir el huerto, el molino, los viejos árboles y toda la adorable escenografía que había encantado a Poe, que la de adjudicar el contrato para esta obra a algún contratista con influencia política.

Cien mil dólares se han gastado en este homenaje a Poe. El Estado está orgulloso de haber gastado tan grande suma de dinero por la memoria del poeta. Pero el corazón de América no ha llegado allí. La casa donde el amor había hecho su nido está vacía y helada. Usted, lector, debe traer amor y reverencia a esta casa cuando la vi-

site. Usted debe cerrar sus ojos y pensar en Poe, en su esposa niña, en el amor y la miseria de que estas paredes han sido testigos... y usted saldrá seguramente con el corazón oprimido al descubrir que hay pueblos que tienen gran amor por los dólares, pero no por sus grandes hombres.

«La quinta fué ocupada hasta que llegó Poe por un cochero de nombre A. Stewart. Este pagaba dieciocho dólares al mes de alquiler, y los pagaba con regularidad; Poe tenía que pagar cien dólares al mes, y los pagaba con irregularidad.»

He aquí una de las sentencias que suelen oír en los labios de los fieles guardianes de la quinta Poe cuando alguien la visita...

(Del «Pearson's Magazine». Tomado de Cuasimodo, Panamá, setiembre de 1919.)

## Leyenda Guaraní

### MBOPI-GUAZU

#### (EL VAMPIRO)

#### I

ERA *Yaguareté*<sup>(1)</sup> un cacique temido por su tribu, y más temido aún por las tribus enemigas. Su crueldad no tenía límites: por eso a muchos soles de distancia se le conocía con el mote de «el tigre». Esto no obstante, su predominio entre la indiada aumentaba incesantemente, pues la victoria era su compañera inseparable, y allí donde *Yaguareté* se presentaba con sus huestes feroces, rodaban las cabezas enemigas por centenares, sin que hubiera piedad ni aun para las mujeres y los niños indefensos.

Sentía el salvaje la obsesión de la sangre. Verla correr sobre la verde grama de los campos, después de la pelea, era para él un deleite supremo. En esas horas trágicas sus mismos parciales temblaban al acercársele, temiendo ser víctimas del vértigo rojo del cacique.

#### II

Decíase de *Yaguareté* que no era hijo de mujer. Corría una conseja entre los infieles, singular y portentosa. Se contaba que el caudillo fué hallado, a poco de nacer, en el hueco de un añejo tronco de *ombú*<sup>(2)</sup>, y que le dieron a luz con dientes y que, de su garganta, en vez de lloros, partían agudos silbos y chirridos que hacían estremecer de pavor a las personas que

le rodeaban. Se añadía que la carne humana era su manjar apetecido, y que sacrificaba tiernas criaturas para devorar sus entrañas en canibalescos y horrendos festines.

En fin, las tradiciones que acerca de *Yaguareté* corrían de boca entre sus hombres de guerra, y a muchas jornadas de distancia de su comarca, le pintaban como un monstruo que tenía tanto de hombre como de fiera y del cual era preciso precaverse, sobre todo en sus días sombríos, que eran los más del año.

#### III

La ruda lucha había llegado a su término. Vencido y disperso el enemigo, *Yaguareté* dirigía el reparto del botín entre los suyos, señalando para sí, como lo hacía de costumbre, la parte principal de lo cogido. La escena se desarrollaba en medio de una selva, en plena noche y a la luz de las fogatas del vivac. Armas, mantas, pieles de venado y de jaguar, plumas de variados colores, vituallas y mujeres y niños cautivos, constituían el despojo hecho en la jornada a la tribu derrotada y fugitiva.

Entre los prisioneros todavía respetados por la bárbara horda triunfadora, hallábase un cacique *tupí* con su familia: la mujer y tres hijos de tierna edad. Estos lloraban amargamente, abrazándose a las rodillas de la madre. El cautivo, en cambio, fuerte de ánimo, miraba con altivez a sus enemigos, erguido en medio del grupo for-

(1) «Yaguareté». — Guaraní: tigre.

(2) «Ombú». — Arbol indígena de los países que forman la cuenca del Plata.